

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

LAS ISLAS BRITÁNICAS A TRAVÉS DE SU HISTORIA, LENGUA Y LITERATURA

María Amor Barros del Río

Literatura


EDITORIAL
SÍNTESIS

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

**Las islas británicas
a través de su historia, lengua y literatura**



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

**Las islas británicas
a través de su historia, lengua y literatura**

María Amor Barros del Río



EDITORIAL
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

A mi madre. GRACIAS

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© María Amor Barros del Río

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-422-6
Depósito Legal: M. 16.001-2025

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Introducción	9
1. El germen del mundo anglosajón: invasiones y mestizajes	13
1.1. Introducción	13
1.2. La romanización de las islas	15
1.3. Paganización y cristianismo	18
1.4. Los albores de Inglaterra	21
2. Afrancesamiento y Edad Media	29
2.1. Introducción	29
2.2. El afrancesamiento de las islas	29
2.3. Las ansias expansionistas de los Plantagenet	32
2.4. Claves de la política británica primigenia	34
2.5. Irlanda se resiste	35
2.6. La pérdida de los territorios continentales	37
2.7. Las grandes épicas medievales	39
2.8. Afrancesamiento de la lengua y consolidación del inglés medio	43

3. <i>El Renacimiento inglés: poder y esplendor</i>	45
3.1. Introducción	45
3.2. La recuperación	45
3.3. Desarrollo social y económico	47
3.4. La revolución de las nuevas ideas	48
3.5. La cuestión religiosa: el punto de partida	49
3.6. Las tensiones con Irlanda	51
3.7. La era isabelina	52
3.8. La internacionalización	53
3.9. William Shakespeare, el genio de las letras inglesas	54
3.10. La otra poesía isabelina	58
4. <i>Los vaivenes religiosos</i>	61
4.1. Introducción	61
4.2. <i>Interregnum</i> : el terror por la fe	62
4.3. La Irlanda católica: el guisante en el zapato	63
4.4. Las pequeñas colonias allende los mares	66
4.5. La Restauración	69
5. <i>La consolidación de un imperio</i>	75
5.1. Introducción	75
5.2. Las tensiones internas	77
5.3. El ansia expansionista	80
5.4. Los encuentros con el mundo oriental	82
5.5. El poder de las ideas y el arte	84
6. <i>Época victoriana: progreso, cambio y decadencia</i>	87
6.1. Introducción	87
6.2. Transformaciones sociales y tecnológicas	88
6.3. Las nuevas corrientes de pensamiento	89
6.4. Irlanda la rebelde	90
6.5. Expansión y dominación: <i>Indirect Rule</i>	93
6.6. La extraordinaria pluma victoriana	94
7. <i>Claves para entender el Reino Unido del siglo XX</i>	105
7.1. Introducción	105
7.2. Transformaciones demográficas y sociales	105

7.3. Nuevas ideas para una nueva sociedad	106
7.4. Reconfiguración del Imperio británico	110
7.5. Decadencia de un gran imperio	115
7.6. God save the Queen	117
7.7. La mano de hierro	120
7.8. Apertura y multiculturalidad	121
8. El nacimiento de una nación: la Irlanda del siglo XX	125
8.1. Introducción	125
8.2. La problemática cuestión irlandesa	126
8.3. Las particularidades del nacionalismo irlandés: catolicismo y emigración	129
8.4. Apertura y cambio	134
8.5. El conflicto latente: <i>The Troubles</i>	138
9. El imperio de la lengua: la expansión del inglés	141
9.1. Introducción	141
9.2. El inglés, una lengua flexible	142
9.3. Desarrollos sociolingüísticos del inglés	144
10. La(s) identidad(es) británica(s) hoy	147
10.1. Introducción	147
10.2. Cuatro naciones	148
10.3. Una potencia de peso internacional	149
10.4. Las letras del Reino Unido hoy	151
10.5. La convulsa política británica: el Brexit	155
11. Irlanda: centro del mundo, corazón de Europa	159
11.1. Introducción	159
11.2. Los vaivenes económicos	160
11.3. El impacto del Brexit	161
11.4. Irlanda entre dos aguas	163
11.5. La emigración, un activo económico	163
11.6. Un país en cambio, un país diverso	164
12. El inglés en el siglo XXI: conectando culturas	171
12.1. Introducción	171

12.2. Implantación del inglés en la actualidad	171
12.3. Aproximaciones al uso global del inglés	173
12.4. El futuro del inglés	176
<i>Bibliografía</i>	179
Referencias bibliográficas	179
Recursos en línea	186

2

Afrancesamiento y Edad Media

2.1. Introducción

Para situar históricamente este periodo de cambio tomaremos como punto de partida la llegada de los normandos en 1066 tras su victoria en la batalla de Hastings. Este momento marca un punto de inflexión en la historia de la gran isla. La importancia de este acontecimiento es clave a la hora de entender la evolución cultural y lingüística de las islas, como así lo sugiere el impresionante tapiz de Bayeux, una magnífica obra artística bordada de unos setenta metros de largo, que ofrece escenas representativas de esta victoria. Datado del siglo **xI**, hoy en día el tapiz se exhibe en un museo de la ciudad de Bayeux, en Francia.

La dinastía francesa terminará con la muerte de Stephen de Blois en 1154 para dar paso a los Plantagenet con quienes nos adentraremos hasta el siglo **xv**. Abordaremos estos cinco siglos de encuentros y desencuentros que se superponen en el tiempo teniendo bien presente que las invasiones y el posterior desarrollo de Inglaterra e Irlanda no fueron parejos, ni en forma ni en tiempo, y que se dieron algunas diferencias que conviene señalar.

2.2. El afrancesamiento de las islas

William I (1028-1087), más conocido como William the Conqueror o Guillermo el Conquistador, derrota al último rey anglosajón, Harold, tras haber obtenido la bendición papal y el apoyo de la nobleza normanda para la invasión de las islas. Pero

este rey, además de ser extranjero, llega al trono habiendo ya heredado de su padre la zona continental de Normandía. Será precisamente esta vinculación geográfica una característica de máxima importancia, pues inaugurará una nueva era en la historia de la gran isla que a partir de ahora verá su destino unido al del continente.

Tras la contienda, el vacío en el ejercicio del poder por la ausencia de candidatos alternativos y de cualquier tipo de resistencia armada facilita a los invasores el gobierno de aquellas tierras y así William the Conqueror se convierte en William I de Inglaterra. Al tiempo que continúa rindiendo vasallaje al rey de Francia inaugura una saga de reyes normandos. Al conquistador William I le siguió su tercer hijo, William II, conocido por ser un gobernante despiadado, y a este su hijo Henry I. A su muerte, sube al trono Stephen de Blois (1135-1154) con fuertes vínculos con el continente, pues también fue conde de Boulogne y duque de Normandía. Entró en guerra civil con su prima Matilde, también aspirante a la Corona inglesa y tras vencer en la contienda logró el beneplácito papal como rey de Inglaterra. Durante su reinado hubo de enfrentarse a numerosos alzamientos, especialmente en las tierras del norte y su fallecimiento marcaría una nueva etapa en el linaje real, pues el trono pasó a manos de la dinastía Anjou.

Pero ¿cuáles fueron las repercusiones culturales y sociales de la presencia normanda en las islas? Sin duda, la influencia normanda en la isla mayor se puede calificar de extraordinaria a pesar de que, contrariamente a lo que generalmente se piensa, aquellas tropas no fueron unas huestes uniformes y cohesionadas. De hecho, el académico Hugh Thomas (2003) señala que, aunque muchos de los seguidores de William the Conqueror eran normandos, las huestes estaban también conformadas por flamencos y bretones que traían consigo sus propias identidades étnicas y lealtades, costumbres e idiomas. Solventando esa diversidad interna, la identidad normanda, al igual que la inglesa, tenía fuertes raíces en sus creencias e instituciones primigenias, tales como la organización del gobierno a través de ducados y la fe cristiana materializada en la Iglesia normanda.

Así, tomando como modelo organizativo y cultural el continental, los recién llegados impusieron una nueva élite gobernante, sustituyendo a los nobles y regentes anglosajones por otros normandos e introduciendo en la organización social un rígido orden feudal que incluso llegó a abolir la esclavitud ya hacia mediados del siglo XII, e implantando un sistema monárquico que ha llegado hasta nuestros días.

Robert Liddiard (2018) señala también otras transformaciones quizás más visuales, pero también significativas. Y es que con la llegada normanda el paisaje cambió radicalmente y a imitación de las construcciones continentales comenzaron a surgir numerosas fortificaciones y torres defensivas, especialmente a finales del siglo XI, como símbolo del sometimiento de la población autóctona al dominio normando. De hecho, la White Tower del conjunto fortificado The London Tower data de la época de William the Conqueror. También es de destacar la regulación cinegética, pues aunque la costumbre de la caza como actividad deportiva y ociosa

ya existía en aquellas tierras antes de la conquista, los historiadores han detectado un incremento de estas prácticas y una regulación más compleja de las mismas gracias a una ley de bosques.

Aunque la base económica de las islas era la agricultura, la ganadería bovina experimentó un fuerte desarrollo en estos siglos, lo que desembocó en un potente comercio de lana. De forma paralela, la industria textil se fue desarrollando en estos siglos y junto al comercio, tanto interno como allende los mares, se convirtieron en los dos pilares de su desarrollo económico.

Lógicamente, al tiempo que la economía de mercado florecía, los núcleos urbanos del sur y del este de la isla fueron adquiriendo relevancia y desplegando un intenso comercio internacional con el continente. Todo ello, junto a la creciente presión demográfica favoreció la expansión de los centros urbanos, especialmente la ciudad de Londres, que fue convirtiéndose en un centro neurálgico a orillas del río Thames.

La importancia de esta vía fluvial es fundamental a la hora de entender no solo el desarrollo comercial de la isla, sino también su trascendencia al ámbito cultural. Desde antiguo, este famoso río había sido una importante vía de distribución de mercancías e hizo de la ciudad de Londres un destacado centro comercial. Ello, a su vez, impulsó los sectores de la construcción y el urbanismo. Al crecer a ambos márgenes del Thames, Londres precisó de numerosos puentes que pudieran funcionar a modo de pasarelas. La construcción del primer puente de piedra data del año 1176 y sustituyó a un puente de madera anterior. Este nuevo puente se mantendrá erguido hasta el siglo XIX. La conocida canción infantil *London Bridge is Falling Down* hace referencia a las numerosas ocasiones en las que el puente sufrió colapsos y transformaciones a lo largo de la historia. Sin duda, el puente de Londres ha quedado en la psique británica como un elemento cultural que continúa de actualidad incluso en nuestros días. A modo anecdótico, y para hacernos una idea del poder de este símbolo, la llamada *Operation London Bridge* fue el nombre con el que se planificó el protocolo para la celebración del funeral de la reina Elizabeth II, que falleció en 2022. Más aún, la expresión *London Bridge is down* fue el código que se usó para informar al primer ministro de la muerte de la regente. La metáfora sugiere que el río Thames es a la ciudad de Londres como la monarquía a la sociedad británica.

En cuanto al ámbito administrativo, tenemos constancia de la creación del *Domesday Book*, escrito por el abogado francés Guillermo de Calais. Se trató de un registro manuscrito mandado realizar por el mismo William the Conqueror que se completó en 1086. El propósito de esta obra no solo era recoger el censo de la época, sino también registrar las tierras y propiedades, incluido el ganado, tasando su valor. Dado que territorialmente alcanzó la mayor parte de Inglaterra y algunas zonas de Gales, de sus contenidos se ha extraído información valiosísima sobre la estructura social y económica de la época.

En conjunto, las repercusiones normandas sobre Inglaterra han de calificarse de positivas a la luz del fuerte crecimiento demográfico que se evidenció en los dos siglos posteriores al 1000.

En cuanto a la isla menor, a grandes rasgos, podemos considerar que el inicio de la Irlanda normanda data de 1169, cuando las fuerzas de algunos nobles anglo-normandos, al mando de Robert Fitz Stephen, desembarcan en la bahía de Bannow, condado de Wexford. Este hecho histórico, según Raymond Hickey (1993), marcará el inicio de la asociación política de Inglaterra con Irlanda, pues a pesar del fracaso de esta empresa, los anglonormandos contribuyeron de forma vital al desarrollo del sistema urbano en la isla. La invasión inicial fue seguida en años posteriores por una afluencia de colonos que condujo directamente a un siglo de construcción de nuevas ciudades.

En todo caso, conviene señalar que el carácter de esta invasión fue totalmente distinto a la llegada normanda a Inglaterra, pues ahora no se trataba ya de una reclamación al dominio total de la isla. Por el contrario, aquellos terrenos más agrestes se veían como una oportunidad de explotación y de fácil control debido a las constantes disputas que había entre los jefes locales y la fragmentación de su organización social. Fueron precisamente estas circunstancias las que dieron lugar a una conquista más gradual que se extendió a lo largo de varios siglos, sin una batalla decisiva única y con una implantación por dominios.

2.3. Las ansias expansionistas de los Plantagenet

La dinastía Anjou fue popularmente conocida como Plantagenet porque Geoffrey V de Anjou (1113-1151) portaba el símbolo de la retama en su cimera, y esta planta, también llamada genista o hiniesta, en francés se dice *genest*, de ahí la derivación *plant genest* y luego Plantagenet.

Este linaje reinó hasta 1399, cuando Henry de Lancaster obligó al rey Richard II a cederle la Corona dando así inicio a la Casa de Lancaster. Para ser certeros, será el primogénito de Geoffrey V de Anjou, Henry II (1133-1189), quien se convertirá en el primer rey de la dinastía angevina, pues unió en sí la sangre sajona, de parte de la emperatriz Maud, y la normanda, de parte de Geoffrey de Anjou, y llegó a consolidar el llamado Imperio angevino que incluía Inglaterra, Gales, algunos territorios franceses, la costa irlandesa e, indirectamente, Escocia.

Asistimos así a una creciente acumulación de poder en torno a la figura real, una cuestión que se convertirá en el talón de Aquiles de la política británica y que acarreará siglos de tensiones entre las distintas fuerzas fácticas del territorio.

Un primer episodio de esta cuestión lo encontramos ya durante el reinado de Henry II, quien pretendió hacerse con los bienes y recursos de la Iglesia, lo cual le llevó a un enconado enfrentamiento con su antiguo canciller y luego primado

de Inglaterra, Thomas Becket (1119-1170). A pesar de la confianza que el rey había depositado en Becket al hacerle canciller en 1154, su cargo como arzobispo de Canterbury entre 1162 y 1170 le movió a defender férreamente los intereses de la Iglesia frente a los deseos de acaparamiento del rey. La hostilidad escaló hasta tal punto que el eclesiástico se vio obligado a exilarse en Francia, temiendo por su vida. A su vuelta, y a pesar de haber llegado a un aparente acuerdo, Becket fue asesinado en la propia Catedral de Canterbury. Tal hecho conmocionó a toda la cristiandad y no tardó en ser canonizado, convirtiéndose rápidamente en una figura venerada por su defensa de la Iglesia católica frente a los intereses de Henry II.

Un episodio curioso que está íntimamente relacionado con Becket fue la cuestión educativa. El refinamiento que los normandos trajeron consigo se evidenció, entre otras cosas, en la fundación de la Universidad de Oxford, que data aproximadamente del 1096. Aunque la fecha de fundación de esta institución no es exacta, sí hay evidencia de que la enseñanza existía en Oxford de alguna forma ya en aquella época y Becket fue uno de sus alumnos más destacados.

Pero en 1167, Enrique II prohibió a los estudiantes ingleses asistir a la Universidad de París. Esta decisión fue propiciando un aumento de la oferta de enseñanza superior en Inglaterra con Oxford como centro por excelencia y, en los siglos siguientes, la ciudad fue creciendo con la construcción de nuevos colegios y edificios académicos de marcado estilo gótico. A pesar de que el rey mandó destruir todas las imágenes de Becket, la Universidad de Oxford aún conserva una vidriera del siglo XIV que representa al arzobispo de Canterbury. Esta vidriera, conocida como *The Becket Window* y que data del 1320, está en la Catedral de Christ Church, que forma parte del Christ Church College de esa universidad.

Debido a la creciente demanda, la Universidad de Oxford fue creciendo y expandiéndose, pero este proceso conllevó tirantezas con los lugareños y cuando en 1209 las tensiones fueron ya insoportables, los académicos de Oxford decidieron marcharse y reorganizarse en una nueva universidad localizada en Cambridge. Estas serán las dos únicas universidades de Inglaterra hasta la década de 1820.

Como se puede intuir, Henry II fue un rey con carácter cuyo legado se puede apreciar en numerosos ámbitos. Tuvo también un fuerte interés expansionista y mirando también a Irlanda desembarcó en la isla en 1171 con la intención de consolidar allí su control y reafirmar su autoridad sobre los señores normandos y los reyes irlandeses.

Según recoge el estudio de Peter Sposato (2009), la llegada de los normandos estuvo envuelta en un halo de superioridad. Aquellos caballeros invasores se veían a sí mismos como la vanguardia de una corriente política y cultural oriunda del continente y que fluía a través de la cosmopolita corte de Enrique II llegando hasta las costas de Irlanda. Por tanto, creían que sus ideas sobre el derecho, la justicia y la guerra eran superiores a las de los irlandeses. Sin embargo, el impacto de esta cruzada no fue el esperado, pues dada la estructura social nativa fragmentada y or-

ganizada en clanes, su llegada generó tanto alianzas como enfrentamientos de guerrilla entre los reyezuelos locales y las fuerzas invasoras. Ello favoreció una mayor capacidad de resistencia de la población nativa y provocó una mayor inestabilidad en el territorio. A ello se sumó la geografía irlandesa, más agreste y boscosa, que hizo más fácil la resistencia local. La pervivencia de la identidad cultural, especialmente fortalecida a través de la lengua, sirvió de elemento de cohesión frente al invasor.

La historia ha guardado un capítulo especial a Richard I (1157-1199) de Inglaterra, hijo de Henry II y también conocido como Richard the Lionheart o Ricardo Corazón de León, sobrenombre que logró por sus hazañas en la Tercera Cruzada (1189-1192) a la que partió al poco de ser coronado en la Abadía de Westminster. En su ausencia, y para poder financiar los gastos de sus campañas, tuvo que vender tierras y recaudar impuestos elevados. Tan larga fue su ausencia, que su hermano John, apodado sin Tierra, le usurpó el trono mientras el monarca permanecía capturado en Austria. Tras el pago de un elevado rescate, Richard volvió y recuperó su puesto, volviendo a coronarse por segunda vez rey de Inglaterra en 1194. Este rey pisó poco Inglaterra, pues volvió a marchar de cruzadas para acabar muriendo en esta última aventura. Sin embargo, su estela se ha mantenido a lo largo de los siglos y sus símbolos, los tres leones primigenios del escudo real británico representan sus títulos como rey de Inglaterra, duque de Normandía y duque de Aquitania.

Su hermano, el polémico John I (1166-1216), fue el siguiente en ocupar el trono. Su reinado estuvo plagado de disputas, tanto con la Iglesia, a quien se enfrentó a raíz del nombramiento del arzobispo de Canterbury y que le valió la excomunión, como con otros territorios. Así, por el Tratado de Norham de 1209 estableció el señorío de la Corona inglesa sobre Escocia. Luego, en Irlanda, se vio obligado a sofocar una rebelión en 1210. Por último, el descontento que generó su reinado entre los barones del reino le abocó a una guerra interna que vio su capitulación en 1215, con la firma de la *Magna Carta*, un documento clave para entender los equilibrios de poder en el sistema inglés, como veremos.

2.4. Claves de la política británica primigenia

A la vista de la progresiva complejidad en la organización y estructura social inglesas, atendemos a la necesidad de establecer normas y leyes que faciliten tanto el control como la convivencia social. El documento clave que recoge la gran transformación política de la Edad Media inglesa es la *Magna Carta*. El rey John I, el ya mencionado sin Tierra, que había asumido el trono a la muerte de su hermano Richard I, firmó esta carta en 1215. Fue el primer documento que puso por escrito el principio de que el rey y su gobierno no estaban por encima de la ley, es decir, que puso límites a la autoridad real. Según la *Magna Carta*, la ley es un poder en

sí mismo, por lo que este documento sienta las bases del constitucionalismo y de la protección de los derechos individuales tan preciados en el mundo anglosajón. Pero ¿cuál fue el origen y las repercusiones de tan singular documento?

John I había financiado con recursos ingleses la defensa de sus territorios en el continente, una práctica que por otra parte ya venía ocurriendo desde el reinado de Henry II. Su derrota en Bouvines en 1214 y la pérdida de sus posesiones allende el Canal de la Mancha o English Channel hizo a la nobleza estallar en críticas y presionó para que a través del citado documento se pusiera fin al uso arbitrario de los recursos ingleses. Este episodio le valió al regente el sobrenombre “sin Tierra”, con el que ha pasado a la historia.

Aunque la *Magna Carta* fue anulada y reemitida en varios momentos de la historia según conviniera al regente de turno, su relevancia en la legislación inglesa es indiscutible. Y esto es así porque otra de las grandes aportaciones de este documento remite al origen del Parlamento británico como institución, una de las asambleas representativas continuas más antiguas del mundo. Para mantener el control sobre las acciones reales, las cláusulas 12 y 14 de la *Magna Carta* exigían la congregación de los arrendatarios y lograr su consentimiento para cualquier cuestión en materia fiscal, lo que abría la puerta a la representación parlamentaria. Pero es en 1265 cuando encontramos la primera convocatoria a ese “Parlamento” de la mano del noble Simon de Montfort, aunque muy posiblemente este tipo de reuniones se dieron con anterioridad.

Habremos de llegar al siglo XIV para ver un Parlamento más evolucionado y con una representación permanente del pueblo. Este es el germen de la actual *House of Commons* o Casa de los comunes. Por su parte, la *House of Lords*, o Casa de los lores, se forma inicialmente a partir de una escisión de aquellas primeras asambleas requeridas por la *Magna Carta*. Constituida principalmente por nobles y líderes religiosos, estos fueron perdiendo presencia a partir del cierre masivo de monasterios que tendrá lugar en el siglo XVI. Aunque parezca mentira, el funcionamiento de esta cámara ha sido hereditario prácticamente desde su origen hasta 1999.

2.5. Irlanda se resiste

Hacia el año 1300 empieza a haber signos de debilitamiento entre las fuerzas normandas en Irlanda gracias a una confluencia de acontecimientos clave que favorecieron a las fuerzas irlandesas.

A petición del rey de Tyrone, el líder escocés Edward Bruce, que también se enfrentaba a las fuerzas inglesas en sus tierras, envió tropas de apoyo en 1315 y aunque las huestes nativas se vieron significativamente reforzadas, los irlandeses perdieron la contienda tras tres duros años de batalla. En un ambiente tan revuelto, asistimos en 1333 al asesinato del conde norirlandés William Donn de Burgh, hecho que desató

una guerra civil que volvió a causar un desgaste entre las fuerzas invasoras, especialmente en las zonas del oeste. Por último, en 1348 se desata la peste negra, afectando más severamente a los asentamientos normandos, más agrupados entre sí, que a los nativos irlandeses, que vivían más dispersos. Todo ello hizo que la presencia anglo-normanda en la isla se caracterizara por una gran inestabilidad.

Sin embargo, a pesar de la legítima resistencia del pueblo irlandés, es posible detectar algunos efectos relevantes de la llegada de los normandos a aquellos dominios.

En términos demográficos, mucha de la población normanda que se había ido asentando en aquellas tierras se fue fusionando con la población nativa hasta el punto de que en algunas zonas llegó a ser indistinguible de los celtas originales, y eso a pesar de que los matrimonios interraciales estuvieron prohibidos por ley. Hoy en día quedan vestigios de estas poblaciones en apellidos como Butler, Joyce y D'Arcy, comunes en las zonas de Munster y Leinster. En otras zonas del norte y el oeste de la isla, la cultura gaélica se mantuvo fuerte y resistió mejor la hibridación. Además, la población de origen anglonormando tendió a agruparse por zonas, especialmente en el centro de la isla, siendo los Fitzgerald una de las familias más poderosas que durante siglos ostentaría la representación de la Corona británica en aquellas tierras. Distinguimos, por último, un área geográfica delimitada, en torno a Dublín, que por las intensas relaciones comerciales con Inglaterra sí se mantuvo leal a la Corona británica. En esta zona, conocida como The Pale, la mayoría de la población se identificaba como Old English o ingleses viejos. A lo largo de los siglos, la fidelidad de estas familias se fue viendo recompensada con el ejercicio de funciones administrativas y comerciales en estrecha relación con Inglaterra.

Junto a la distribución geográfica merece también la pena pararse, siquiera brevemente, en las tensiones generadas por los dos sistemas jurídicos diferentes que convivieron durante el proceso de conquista y colonización de Irlanda por parte de los anglonormandos.

Las reformas que trajo consigo Henry II se implementaron, pero al mismo tiempo parte de la población nativa siguió acogéndose a sus antiguas leyes, y es que los poderosos clanes celtas, a menudo en conflicto entre sí, se regían por unas leyes agrupadas bajo el apelativo *Brehon Laws* que organizaban la sociedad de forma piramidal. Así, cada clan tenía un rey que gobernaba sobre un cierto número de familias bajo aquella tradición en la que no existía el concepto de castigo estatal por crímenes, sino que la redención y el orden social pasaban por la vergüenza pública y la compensación por daños. En definitiva, las *Brehon Laws* se asemejaban más a un código civil basado en la tradición oral y las costumbres que a uno criminal. Por el contrario, la vía normanda hacía uso de tribunales y procedimientos legales escritos y centralizados en organismos oficiales. La resistencia local a estas nuevas fórmulas fue tenaz hasta tal punto que hay evidencias del uso de las *Brehon Laws* hasta el siglo xvii.

La cuestión religiosa resultó también ser otro motivo de resistencia. La bula papal que le había concedido Adriano IV a Henry II fue el pistoletazo de salida para una intensa expansión de la fe cristiana por aquellas tierras. En estos siglos se construyen monasterios e iglesias de estilo románico y los territorios se organizan en diócesis al tiempo que se impone ese culto. Sin embargo, las costumbres nativas siguieron vigentes y la adoración a las antiguas deidades nunca desaparecieron.

Por último, el paisaje irlandés se puebla de ciudades amuralladas y castillos, lo que modifica radicalmente la distribución espacial de la población. Por su parte, Dublín se va erigiendo como centro de interés comercial por su situación geográfica estratégica. Su crecimiento será constante y será foco de atracción no solo para ingleses, sino también para holandeses y judíos, propiciando así una diversificación de su población.

En definitiva, concluimos que el afrancesamiento irlandés comienza con más de un siglo de retraso con respecto al inglés y también decae antes, hacia mediados del siglo xiv. Vemos que, durante este tiempo, el poder anglonormando se va manteniendo en un precario equilibrio con las tradiciones nativas hasta quedar reducido a un territorio limitado.

2.6. La pérdida de los territorios continentales

Hablar de la Edad Media en Inglaterra es adentrarse en un periodo complejo y multifacético, caracterizado por importantes cambios sociales, políticos y económicos. En su época tardía, entre los siglos xii y xv, los gobiernos de la gran isla se suceden rápidamente al tiempo que las instituciones políticas se van asentando y madurando. Junto a los signos de progreso que importaron los normandos, vemos cómo los regentes ingleses buscan expandirse más allá de sus fronteras. Al mismo tiempo, asistimos a una tragedia recurrente que supera los límites de las islas británicas: la peste. Parece que esta epidemia se originó en Eurasia a causa de las pulgas portadoras de la peste bubónica y que luego saltó a los humanos, propagándose rápidamente. La peste llegó a las islas y según el historiador James Belich (2022), los estragos que causó esta enfermedad fueron devastadores, reduciendo un 46 % la población de Inglaterra que pasó de unos 4,8 millones en 1348 a unos 2,6 en 1351. Oleadas posteriores mermarían aún más la población de las islas hasta el punto de reducir a 1,9 millones de habitantes la población de Inglaterra en 1450. Esta tragedia, según Belich, reportaría también algunos beneficios a los supervivientes, como importantes transformaciones sociales y una mayor facilidad para acceder a bienes como la tierra, el ganado y el dinero. Todo ello, afirma este autor, facilitó la llegada de “un nuevo orden mundial” que alumbraría el periodo del Renacimiento. Veamos algunos de los cambios más destacados.

Claramente, aquellos monarcas miraban con avidez al norte, a Escocia. Esta tierra indómita fue invadida por el rey inglés Edward I (1239-1307) en 1296, lo que provocó el inicio de la primera guerra de Independencia entre Escocia, bajo el liderazgo de William Wallace, personaje histórico que inspiró la premiada película *Braveheart* (1995), e Inglaterra. A pesar de algunos periodos de tensa paz, las tiranteces entre ambos territorios continuarían por siglos, produciéndose una segunda guerra de Independencia entre 1332 y 1357.

En cuanto a las tierras continentales, estas se fueron perdiendo poco a poco como veremos, de modo que en última instancia la Corona inglesa terminó conformándose con los territorios insulares, quedando ya la tradición normanda limitada a las islas.

Fuera por el peso de la gloria pasada, o porque la rica zona de Aquitania aún seguía siendo feudo inglés, el continente seguía siendo de gran interés para los reyes ingleses. Sin embargo, los reyes franceses no tenían ninguna intención de permitir esa injerencia externa y durante años pretendieron intervenir en aquellas tierras hasta que el rey galo Philip IV, llamado *the Fair* o el Justo, se atrevió a confiscar la Gascuña, otro de los territorios que aún estaba bajo el dominio inglés. Todo ello se sumó a las tensiones ya existentes entre ambas potencias y cuando a la muerte del rey Charles IV, Edward III (1312-1377) reclamó para sí el trono francés por línea materna desafiando la ley sálica, la guerra no se hizo esperar. Estalla entonces la guerra de los Cien Años (1337-1453), que en realidad duró algo más, aunque el conflicto fue intermitente.

Pero la verdadera razón de este enfrentamiento se hallaba en el control del comercio de la lana de la zona de Flandes. Ambas potencias buscaban hacerse con los pingües beneficios del comercio de esta materia prima, pues aunque Flandes se alineaba con Francia, la realidad era que dependía enormemente de la lana procedente de las islas. Astutamente, Escocia encontró en esta contienda una ocasión apropiada para aliarse con Francia y así dañar al enemigo inglés.

El desenlace fue doloroso para la Corona inglesa, pues perdió todos los territorios franceses excepto Calais, su comercio de lanas se vio fuertemente resentido y las arcas reales en quiebra casi total, a pesar de que la Corona había otorgado muchos títulos entre los nobles para así poder sufragar los tremendos gastos ocasionados. Todo ello contribuyó a un claro debilitamiento de la Corona en favor de la nobleza, un estamento que iba adquiriendo cada vez más poder.

Pero sin duda, el efecto más inmediato que trajo esta guerra fue una división social en Inglaterra de tal calibre que al poco estallaría la guerra civil en 1455, un conflicto conocido como la guerra de las Dos Rosas que enfrentaba a las dos ramas de la dinastía Plantagenet y acabó con el triunfo de la Casa de York.

Fue en la Batalla de Bosworth en 1485 cuando Henry Tudor, más conocido como Henry VII, venció al rey Richard III (1452-1487), quien estando a punto de sucumbir en la batalla, clamó la famosa frase de la tragedia shakesperiana que

lleva el mismo nombre: “My kingdom for a horse!” (“¡Un caballo, mi reino por un caballo!”).

Con Henry VII se inaugurará un nuevo episodio en la historia de Inglaterra, un país que ya despojado de los territorios continentales se repliega sobre sí mismo para reafirmar su identidad nacional. Las transformaciones que resultaron de estos enfrentamientos se dejaron notar en los más diversos ámbitos. Al tiempo que Francia iba perdiendo influencia en las costumbres y el idioma, el desarrollo armamentístico que estos conflictos habían propiciado contribuyó decisivamente al imparable dominio inglés en los siglos siguientes.

En conclusión, a lo largo de los siglos XIV y XV asistimos inevitablemente a una progresiva regresión del afrancesamiento. El francés se mantuvo mientras los miembros de la corte lo usaban como lengua materna. Sin embargo, las siguientes generaciones van a ir tratando de mantenerlo de una forma cada vez menos natural hasta finalmente caer en desuso en favor del inglés, que resurge con fuerza animado por las clases populares. En 1362, el inglés se convirtió en la lengua oficial de los tribunales por primera vez desde la conquista normanda.

Como colofón de este momento histórico, traemos a colación una cuestión cultural que suscita mucho interés entre foráneos. Nos referimos a la costumbre de circular por la izquierda, algo que todo visitante a las islas británicas advierte. Aunque no existe evidencia alguna, algunas fuentes remontan su origen a este periodo, a la Edad Media, cuando los jinetes acostumbraban a cabalgar por el lado izquierdo de los caminos para poderse defender de asaltantes y malhechores con la mano derecha, que quedaría libre para el uso de la espada o cualquiera otra arma.

Una segunda creencia toma como referencia las escaleras de los castillos normandos, que giran en espiral en el sentido de las agujas del reloj hacia arriba, de modo que los soldados defensores pudieran apuñalar hacia abajo alrededor del giro, no así quienes atacaran subiendo las escaleras.

Por último, otra posible explicación se encuentra en una norma introducida por la City Corporation de Londres en 1722 y que luego fue adoptada oficialmente por el Gobierno en 1835, que obligaba a circular por la izquierda en el puente de Londres para reducir la congestión y evitar la demanda de más puentes sobre el río.

Sea como fuere, lo cierto es que esta costumbre se extendió no solo a todos los territorios de las islas, sino también a las colonias británicas, que mantuvieron esta tradición incluso después de la independencia.

2.7. Las grandes épicas medievales

Además de todos los cambios sociales ya señalados, la influencia normanda quedó patente en la lengua a través de una serie de transformaciones que abarcarán desde el siglo XII al XIV aproximadamente.

El impacto de estos doscientos años de dominio francés sobre el idioma nativo fue enorme y, de hecho, algunos de los nombres propios más comunes hoy en día, como William, Robert y Richard, son de origen normando.

Junto a la indudable riqueza que supuso la llegada de una nueva lengua a las islas, uno de los efectos negativos de la conquista fue el eclipse total de la lengua vernácula inglesa como idioma literario, jurídico y administrativo. Esto ocurrió porque el francés normando se erigió en signo de distinción y refinamiento vinculado a la nobleza y la corte. El latín, y luego el anglonormando, fueron los idiomas utilizados en documentos oficiales y otros registros, mientras que el uso del sajón occidental quedó limitado a las clases bajas, artesanos y comerciantes. Todo ello explica que las principales manifestaciones artísticas que han llegado hasta nuestros días vengan de la mano de autores de origen normando y cultivados en las artes de la lectura y la escritura.

Sin duda, uno de los temas de mayor repercusión cuyo origen se remonta a esta época es el mito artúrico del que ya hablamos en el capítulo anterior, y que ha llegado a nuestros días recogido en *The Matter of Britain*, término acuñado en el siglo xx para referirse a un conjunto de historias y romances medievales en torno a este personaje.

No se sabe con certeza cómo se originaron estas leyendas ni si la figura del rey Arturo se basó en un personaje histórico, pero es posible que la leyenda se originara en Gales o en las zonas del norte de Gran Bretaña habitadas por celtas de habla bretona. Sea como fuere, su popularidad fue creciendo y adoptando motivos caballerescos y de amor cortés.

The Matter of Britain integra numerosas expresiones literarias que conforman el ciclo artúrico y en donde muchos elementos de la mitología celta se fusionan con leyendas y tradiciones cristianas. Así, nos encontramos con personajes como Morgana, asimilada a la Diosa Madre celta, o Merlín, un mago-druida que aúna la sabiduría y la profecía. También los objetos mágicos, como la espada Excalibur, un arma encantada asimilada a la mitología celta, y el Santo Grial, elemento cristiano, se mezclan en este corpus literario a caballo entre el mito y la leyenda, lo pagano y lo cristiano, lo histórico y lo fantástico.

Como decimos, han sido muchas y muy diversas las manifestaciones literarias basadas en el mito artúrico, siendo las más conocidas *Perceval*, de Chrétien de Troyes (1135-1190), poeta de la corte de Champagne, en Francia. Esta obra, escrita en francés antiguo, quedó inconclusa a la muerte del autor. Se trata de un relato en versos pareados de ocho sílabas que data del 1180 aproximadamente. La narración cuenta el aprendizaje y aventuras del joven noble galés Perceval hasta que logra convertirse en caballero, por lo que podríamos afirmar que con *Perceval* se inicia la tradición de la literatura caballeresca. Uno de los intereses de esta obra es la confluencia de elementos de la mitología celta y el cristianismo, junto con la leyenda artúrica. También es destacable la innovación narrativa que confiere el